

JULIO VILLANUEVA CHANG

El niño hormiguero

Un niño ve un árbol caído
y rompe a llorar. Derribado en una calle cerca de su casa,
lo mira como a un cadáver asombroso y desconocido
y decide no moverse de allí: cree que puede salvarlo.
Unos empleados del municipio de Yanahuara
lo habían arrancado para adoquinar una calle.
Es un mioporo, un árbol australiano en Arequipa que absorbe
gran cantidad de monóxido de carbono y sabe convivir
con la brisa. Va a anochecer y sus padres
buscan tierra abonada para volver a sembrarlo, pero el serenazgo
les pide esperar hasta el día siguiente a jardineros
del municipio. El niño cree que es mentira,
que el árbol morirá en el suelo. Se angustia por salvarlo.
Su padre llama a la alcaldía, y le dan la palabra
de que a la mañana siguiente habrá allí un árbol de pie.
El niño regresa a casa llorando de ira.
Su madre recuerda que, a los tres años, la única forma de calmarlo
de sus berrinches era haciéndole escuchar
la *Obertura 1812* de Tchaikovsky.
“Sentía que eran unos caballos corriendo.”
Pero esto no es un berrinche: es un asunto de vida o muerte.
El padre ha exigido que vuelvan a plantar el árbol.
No se trata de calmar la hipersensibilidad de su hijo.
No se trata sólo de oxígeno, nutrición, combustible,
semillas y sombra. Si cada día viéramos tres árboles por la ventana,
dice una investigación, habría menos muertes y más salud mental.
Ver un árbol es un fenómeno del sosiego,
un consuelo verde contra el estrés y la taquicardia.
Ver llorar a un niño al pie de un árbol derribado
es una tragedia ante la que no nos rebelamos.
La muerte de un árbol no es asunto nuestro.
Manrique Monti intentó resucitar uno
como si fuera su hermano.



Cuando despertó, un árbol
ya estaba sembrado allí. Facundo Manrique Monti fue un valiente
que lloró de rebelión. Cuando no está salvando árboles,
es un viajero frecuente al jardín de su casa,
un explorador que se asoma a las hormigas como un gigante
que las protege de las pisadas de sus vecinos,
del agua de riego que las ahoga. No las vigila como un capataz de hormigueros.
Las contempla como un aprendiz de ministro de Trabajo.
Uno siempre lo encuentra en cucullas allí,
inclinado con la atención de un cíclope
tomando notas de la geopolítica hormiguera
en un jardín cuyas colonias ha dividido
en zonas que van desde la letra a hasta la g.
Una coincidencia con la g de Gaucho, su schnauzer
compañero de juegos, un cazador de ratones
en un jardín sin ratones pero con pajaritos, a quien intenta enseñarle
a dormir en su cama de perro, y cuyo nombre
es un homenaje al país natal de su madre.
Cuando no está en un salón de clases,
FMM ensaya algo de Beethoven y tango en su piano,
o se convierte en el último hombre del campo,
el arquero del equipo de fútbol de su colegio, un chico que vuela
para atrapar una pelota como cuando atajó dos penales
en Arica y ganaron el campeonato; o enseña a su hermana
cómo alimentar a las hormigas con un gotero que deja caer
agua con azúcar sobre una hoja. Él toca el piano; ella, el violín.
Ella baila *ballet*; él, lo que puede. Ella y él juegan
con un balón amarillo que lleva impresa una cara feliz.
“Me gusta patear esa pelota porque es tan leve
que el viento la lleva como si fuera suya”,
dice él, con los árboles de su parte.